

considerado un peligro para el orden social: el *desflorador* fue condenado tanto en la legislación española como la francesa.

Si bien las mismas coordinadoras reconocen que se acusa alguna ausencia, *Ser hombre* nos ofrece un repertorio de imágenes masculinas significativo, disponibles para ser movilizadas, transformadas, e incorporadas a las diferentes subjetividades masculinas a lo largo del siglo XIX. La pregunta que podemos hacernos es de qué manera se podían intersectar entre ellas, o cómo podían ir añadiéndose capas al significado de las diferentes masculinidades en contextos y situaciones concretas; incluso de qué manera podría un mismo sujeto movilizar selectivamente diferentes imaginarios, incluso contradictorios, para constituirse ante determinadas situaciones o en diferentes etapas vitales. Aunque queda mucho por investigar, *Ser hombre. Las masculinidades en la España del siglo XIX* constituye una aportación imprescindible para avanzar en estas cuestiones.

Ester García Moscardó

UNED

ORCID: 0000-0002-3749-5188

**Eszter Gantner, Heidi Hein-Kircher and Oliver Hochadel, eds.** *Inter-urban Knowledge Exchange in Southern and Eastern Europe, 1870-1950.* New York-London: Routledge; 2021. 317 p. ISBN: 9780367609580. 39,99 €

Desde el advenimiento de la modernidad, una geografía mental ha tendido a visualizar los lugares a partir de categorías cardinales que indican, antes que otra cosa, definiciones ideológicas. Norte, sur, este y oeste, han sido mucho más que una orientación territorial. El hecho de que la Tierra fuera una esfera, no impidió crear jerarquías ajenas a esa forma, por las cuales el norte pasó a situarse siempre arriba, en lo alto, mientras que el sur, dispuesto siempre en lo bajo, se constituyó en su radical contracara, como lo es la distinción establecida entre cielo e infierno. De la misma manera, el oeste, entendido como occidente, consolidó su propia identidad desde la oposición a lo extendido más allá de sus alcances, en una imprecisa demarcación de la otredad exótica, poco conocida y amenazante, a la que se le atribuyó haber traído la Peste Negra en 1348. En el siglo XX, cuando la Cortina de Hierro materializó ese límite, quedó expuesto el mismo

grado de arbitrariedad que tuvieron las representaciones culturales precedentes y consecuentes.

Desde un principio, las categorías cardinales fueron morales antes que geográficas, al trasuntar de ellas una jerarquización de lo superior sobre lo inferior, asentada en el lugar de enunciación de los discursos “civilizatorios”. Su continuidad en el tiempo se vio reforzada por el desarrollo tecnológico que, en el siglo XIX, posicionó a Londres, París y Berlín como las grandes metrópolis irradiadoras de modernidad desde el norte de occidente.

Ahora bien, para un europeo distinguir el sur en territorios remotos de ultramar, o el este en regiones a las que su lengua y religión convertían en un signo de otredad, fue durante mucho tiempo una tarea sencilla de realizar. Más complicado resultó establecer hasta dónde llegaban esas mismas categorías disvalorativas, dentro de la propia Europa, más allá de la ayuda que en una dirección la proporcionó por un tiempo un Muro fronterizo. Configurar un mapa mental de lo menos representativo de Europa en términos de modernidad, por situarse al sur y al este, fue, entonces, una cuestión maleable a la hora de fijar las ciudades que lo conformarían y, aun así, no dejó de alimentar miradas que siguieron prolongando ese propósito con el mismo grado de arbitrariedad. ¿Cuáles son las ciudades del sur de Europa? ¿Cuáles las del este? ¿Cuáles conforman la periferia de Europa dentro de Europa? Los límites se vuelven borrosos y los problemas para establecer esas delimitaciones configuraron un limbo proclive a mover intencionadamente los componentes, de acuerdo con intereses geopolíticos presentes y prejuicios ancestrales. Una idealizada frontera pasó a separar las ciudades más abiertas a incorporar los adelantos de la modernidad, de aquellas situadas en una lejana localización al sur y al este, las cuales, por las propias carencias atribuidas entre las que se contó la injustificada incapacidad atribuida para administrarse adecuadamente, quedaban fatalmente rezagadas de una carrera hacia el progreso.

Así, el eurocentrismo dentro de la propia Europa reprodujo las subalternidades buscadas en otros continentes con los mismos recursos que reforzaban la posición dominante de las grandes metrópolis. Entre estos recursos estaban, y siguieron estando, los de pensar en ciudades inmersas en una dialéctica planteada entre centro y periferia.

Lo hasta aquí señalado, con relación a las categorías que retroalimentan culturalmente las desigualdades cardinales, permite adentrarnos en el incitante propósito de desafiarlas por medio de la mirada que nos plantea el libro editado por Eszter Gantner, Heidi Hein-Kircher y Oliver Hochadel. Allí se busca despejar de prejuicios a ciudades europeas del sur y del este, para reconocer en ellas

cualidades relevantes en el modo en el que se insertaron a un proceso modernizador iniciado en 1870.

Por eso es que, si hubiera que poner un título para el comentario sobre este libro, sin duda propondría el de “Historias urbanas sin prejuicios”.

En efecto, el libro con su inicial llamado a producir un “adiós al centro y periferia” contiene una franca declaración de principios que abre paso a la ordenada sucesión de estudios sobre historia urbana y difusión de prácticas modernas para optimizar las condiciones de vida, focalizándose en hitos de ciudades del este y del sur de Europa. Cada abordaje aporta datos e ideas relevantes sobre el impacto de la modernidad en ciudades en las que no fue habitual tematizar esa relación. Allí es indagado el papel activo con el que sus élites administrativas y profesionales buscaron acceder a una información circulante en redes interurbanas que, ante todo, poseían características rizomáticas antes que unidireccionales.

Praga, Berdyansk, Budapest, Zagreb, Moscú, Lviv, Barcelona, Bucarest, Milán, son, entre otras, las ciudades sobre las que se abordan transformaciones modernizadoras, llevadas a cabo creativamente entre fines del siglo XIX y mediados del XX.

El libro se compone de doce trabajos más una introducción y un epílogo. A su vez los trabajos se organizan dentro de tres bloques temáticos. El primero, referido a la construcción de redes de planificación urbana, a través de las cuales pudo generarse el conocimiento necesario para impulsar intervenciones modernizadoras en ciudades que no ocupaban la centralidad de los Estados (a menudo cambiantes en los siglos XIX y XX) que las contenían. El segundo bloque se compone de trabajos que abordan el avance de la higiene pública en ideas transformadoras del sistema sanitario, a las que animaban un común anhelo de generar, en cada caso, una ciudad saludable. Y un tercer bloque indaga, en el espacio urbano, la constitución de un ámbito propiciador y receptor de nuevas experiencias sometidas a intercambios operados entre ciudades del sur y el este, para terminar de configurar nuevas infraestructuras culturales.

Una notable constatación que nos aporta el libro es que las ciudades tratadas participaron de redes interurbanas que, ni aun cuando muchas de ellas pasaran a integrar la Cortina de Hierro, dejaron de mantenerse activas vinculando a toda Europa. Y del mismo modo, la multidireccionalidad de los intercambios se impuso por encima de las hegemonías políticas. Es elocuente el caso de Moscú aprendiendo buenas prácticas para modernizar su propia estructura urbana de ciudades sometidas a su dominio. Como también lo serían las interlocuciones buscadas en la capital rusa por la Barcelona republicana, sin renunciar por ello a seguir participando de intercambios multidireccionales con el resto de Europa.

Vale decir, el libro da cuenta de la irrupción de un proceso modernizador y la paralela emergencia de un “municipalismo trasnacional” que gestiona la ciudad aprovechando desprejuiciadamente los aportes de un espacio interurbano de difusión de conocimientos. Asumiendo la forma de lo que aquí se da en llamar “matriz interurbana”, se afianzó un procedimiento por el cual cada ciudad abrazó la modernidad incorporando ejemplos de múltiples procedencias, los cuales serían luego alterados, combinados y adaptados a necesidades particulares para producir una apropiación exitosa.

En definitiva, el libro nos presenta una valiosa información cuya mayor riqueza radica, por sobre todas las cosas, en mostrarnos que acceder a ella no supuso realizar un acto de acumulación de curiosidades históricas, sino una forma de pensar la modernización de las ciudades a partir de reconocer la originalidad de prácticas e intercambios llevados a cabo a través de redes multidireccionales. Si contribuir a la eliminación de la noción de periferia, entendida como una de las distorsiones más persistentes, ha sido un propósito perseguido por los autores, sólo nos queda agregar que con este aporte ya fue dado un paso importante hacia la afirmación de un sendero historiográfico, del que cabe esperar nuevas y muy productivas prolongaciones.

**Gustavo Vallejo**

CONICET

ORCID: 0000-0003-4730-2455

**Antonio García Belmar.** *Éramos todos iguales. Relatos de vida en torno a la lepra.* Alacant, Publicacions Universitat d'Alacant; 2023, 336 p. ISBN: 978-84-9717-832-7, 20,00 €

Acerca del libro *Éramos todos iguales. Relatos de vida en torno a la lepra*, dice su autor, el profesor de Historia de la Ciencia de la Universidad de Alicante, Antonio García Belmar, que “no es un libro sobre la lepra”. La afirmación me sorprendió, porque *Éramos todos iguales* es el mejor libro de lepra que he leído en muchos años, por ser sus protagonistas los que hablan de ella, algo que pocas veces hacen, los olvidados, los estigmatizados, los segregados, los arrancados de los suyos, los que fueron condenados a perder sus derechos y a vivir aislados de por vida, hasta que hubo un tratamiento efectivo.